

requerir el auxilio de la policía para dejar los grupos.

Y si me amenazan con colgarme si no lo digo, de seguro no diré más cosas para las que sirvan los lagartijos. ¡No tienen tampoco á dónde ir ni en dónde ni en qué lucir su *lagartijería!*

Claro es que hay lagartijos de todas clases, y que, dentro del género existen familias y variedades hasta lo infinito, pero los lagartijos más lagartijos, los más *enragés* se encuentran principalmente entre los muchachos hijos de extranjeros. Los españoles sobre todo, que son los que más se casan aquí, son también los que dan mayor número de lagartijos. El padre, que salido de una esfera social humilde por su trabajo, se engrandece, sube y hace un capital, casi nunca enseña á su hijo á trabajar como él, sino que le destina á otro género de vida, otra posición, todo, en fin, lo que él no pudo alcanzar para sí. Y todos dan á sus hijos carrera, que por lo general es no darles más que el medio y la ocasión de gastar el dinero en grande y el pretexto para no estudiar ni hacer nada.

Y he aquí cómo sale el lagartijo.

Pero éste no es fruto exclusivo de Méjico, sino de todas las naciones civilizadas, desgraciadamente.

Y bien mirado, no es este país de los más abundantes en el fruto, sino todo lo contrario. Resultado tan feliz depende de que Méjico es una ciudad trabajadora, indus-

trial, comercial, donde se desvela poca gente y madruga mucha, donde se habla de negocios constantemente, donde estos llaman la atención más que las diversiones... y el lagartijo no puede medrar en ambiente tan hostil y poco adecuado.

Por eso hay pocos aquí, pero por lo mismo que hay pocos llaman más la atención esos pocos que hay.

AMOR A PUÑETAZOS

Desde el momento en que el placer y el dolor pueden confundirse ante nosotros, porque en llegando á ciertos límites de la escala no los podemos diferenciar, lo mismo que sucede con los colores y los sonidos, puede aceptarse aquella teoría de que *hay placeres dolorosos* y viceversa; yo declaro que no entiendo muy bien la teoría, mucho menos podré explicarla, pero ella existe. ¡Cuántos vicios tenemos á los cuales nos entregamos con verdadero deleite, con toda fruición, que no vienen á ser más que mortificaciones y padecimientos! Hay quien come yeso, quien se muerde los labios y otras costumbres así que, para el que no las ha adquirido aún, resultan perjudiciales ó do-

lorosas. Pues ahí tienen ustedes el placer doloroso de que hablabamos antes.

El amor es uno de los placeres más dulces, y precisamente su mayor dulzura estriba, creo yo, en la conformidad de ambas partes, en esas dos almas que laten al unísono, según nos han asegurado los poetas. Bueno, donde dice almas pongan ustedes corazones, que una equivocación cualquiera la tiene, mucho más cuando se trata de figuras retóricas, cuya libertad es casi ilimitada, razón por la que tanto se abusa de ella. Lo más bonito, lo más agradable del amor, juzgo yo, es ese mutuo contrato que se hace entre los enamorados, mediante el cual sabe cada uno que al mismo tiempo que goza de la felicidad hace gozar al contrario, en las batallas amorosas. Y lo más hermoso del contrato ese es que las dos partes lo han estipulado por su libre y espontánea voluntad.

Pero desengáñense ustedes, estas son teorías románticas y anticuadas y convencionales. El indio, que se acerca en todos sus actos mucho más á la naturaleza que nosotros, lo entiende de una manera muy distinta. Hace el amor á puñetazos. . . . ¿Y quién sabe si estará en la fija? Ustedes saben que en la mayoría de las especies animales el macho y la hembra, antes de cumplir la grandiosa ley del amor, riñen, se pelean, se embisten más ó menos encarnizadamente. Ustedes saben también que en casi todas ellas la primera galantería del

macho, en su lenguaje, es acogida con un bufido por la hembra, la cual huye, se defiende, ofende muchas veces, y así va enardecido la voluntad del macho y probando sus fuerzas y su valor, hasta que, ya rendida ó sabiendo por instinto que es llegada la hora de que se cumpla con todos los requisitos la voluntad de la naturaleza, se rinde.

Pues el indio hace lo mismo, y á fe que el hacerlo así acaso sea mas cuerdo que como lo hacemos nosotros. Ahora que ¡cualquier individuo de *jaquette* y cuello de *palomita* se pone á declararse de esta manera *contundente* á la dama de sus pensamientos!

La primera proposición de un pelado á una pelada es insinuante, dulce, halagadora. Lo mismo hacen las demás especies de animales. Después de un ratito, poco, de plática, y de haberla dicho cosas muy bonitas para ella, que á nosotros, esto es, á una señorita de nuestra clase la parecerían extraordinariamente soeces y toscas, pero que son eminentemente prácticas porque van al bulto, ya el pelado la invita claramente á irse con él, ó no la invita, sino que la coge sencillamente del rebozo ó de un brazo, y la dice, con todo el laconismo posible.

—¡Andele!

Sistema primitivo completamente, y que no carece de cierta hermosura así. salvaje. De tal modo debieron hacerse el amor los hijos de Adán y Eva. Solo que se fué

inventando después el vestido y dando á estas cuestiones otro aspecto misterioso, para hacer el amor más refinado, y haciendo un crimen de la franqueza y la espontaneidad, trasformando la finura y la delicadeza en hipocresía.

Bueno, pues en ese punto de tomarla del brazo ó del rebozo empieza la lucha. Ella se resiste y él sigue tirando. Ella echa mano de los insultos, y él se los devuelve mezclados con razones para convencerla. Pero no crean ustedes que da muchas razones ni las concede gran importancia. Antes bien, confía más en los insultos y en los puños, en éstos sobre todo. Los insultos pueden serlo ó no, con las mismas palabras, y pueden ser flores. Depende del tono que se emplea, de la ocasión, de la oportunidad, en fin, de muchas cosas. Y á las veces, un insulto lanzado á tiempo influye mucho más y convence bastante mejor que dos galanterías.

Como íbamos diciendo, empieza la lucha, en la que ella defiende su situación con la negativa y la resistencia y él la agrava con empujones, tirones de la ropa, frases expresivas, ofrecimientos como á regañadientes y algún golpe que otro. Al mismo tiempo que los empujones y demás están en uso los abrazos, unos dados al deseuido y otros dados á la fuerza, porque la cosa es llevar el convencimiento de todas las maneras y en todas las formas, alternando, para obtener mejor y más pronto el éxito.

Por de contado ella, desde que empezó el asunto sabe perfectamente que habrá de ceder, porque á una proposición tan amable y en buenos modales hecha, y tan convincentes, ¿quién se resiste? Pero hay que darse cierta importancia, hay que conseguir que le cueste su trabajo. En suma, lo mismo que los animales, lo mismo que debieron hacerse el amor nuestros ascendientes allá en la edad de piedra, lo mismo que se lo deben hacer en la actualidad las especies aún salvajes.

Y así los ve usted por la calle, en los barrios sobre todo, frecuentemente. Ella resistiendo y pretendiendo huir, él reteniéndola con los brazos mientras desliza algunas frases que deben ser muy tiernas en el oído hasta que á fuerza de vueltas por el arroyo, como los pájaros en tiempo de primavera, y á fuerza de empujar por aquí, amenazar por allá, pellizcar por el otro lado, valerse en fin, de todos los ardidés posibles, ella se convence, cierran el pacto, se abrazan sin cuidarse del transeúnte y así abrazados se encaminan hacia la pulquería próxima, donde con unas cuantas medidas de pulque sellan la unión y celebran las amistades.*

Y de esa manera, alterados ambos por la lucha sostenida y por el efecto del pulque, con todos los elementos dispuestos se ultima el contrato.

Yo creo que un amor así, tan. . . . tra-

bajoso para formarse, debe ser muy mucho más agradable después.

¡Digan ustedes luego que estos pelados no son felices!

SOBRIEDAD

Dicen que esta señora es la madre de todas las virtudes. . . . Según eso, los indios éstos debían tener bastantes virtudes, porque tienen bastante sobriedad en la comida. Si en la bebida la tuviesen igual era una maravilla. Pero ¡ay! no. El pelado no es sobrio más que para comer. En la bebida, la sobriedad se va al demonio.

Una de las cosas que á mí me preocupan. . . . hasta cierto punto, que es como las cosas deben preocuparle á uno, si quiere vivir feliz, es el mantenimiento de los pelados. Apenas comen. Con tres ó cuatro tortillas de maíz y unos pocos de frijoles y un poco de chile verde, que pique como un demonio, diariamente, ya están del otro lado; esto es, ya está mantenido un hombre. Ellos no comen apenas, pero ¡caramba! en las luchas amorosas son terribles. . . . Y ahora, que los que quieran me expliquen ese resultado, que yo no puedo explicarme. Será porque, según dicen, el pulque es muy alimenticio. Será porque la costumbre crea

en la naturaleza predisposiciones orgánicas especiales, y como la mayoría de los pelados no tienen asuntos en qué entretenerse. . . .

Si esa parte del pueblo tuviese las otras ventajas al par que la sobriedad, sería el mejor pueblo posible para formar la clase obrera. Un pueblo que no se alimenta, que no se viste, que no quiere ni ambiciona nada fuera de la satisfacción de las necesidades más primitivas y más inevitables, tiene que exigir un sueldo muy exiguo. Y así sucede. El pelado trabaja por nada, como suele decirse. Dado el precio que tienen aquí las cosas, parece mentira que se den esos sueldos y se acepten. Viene un espíritu sencillez, altruista, de esos que se creen llamados por el Supremo Hacedor de todas las cosas á salvar la humanidad y se indigna todo, y habla de la explotación de las clases obreras «al par que» menesterosas, y se irrita el muchacho, y hasta aparece con su puntillo de socialista, porque se dan sueldos tan escasos. . . . Pero es que hay que ponerse en la realidad de las cosas, y no fallar sin haber oído á las dos partes.

Los mismos patrones declaran sinceramente que darían dobles, triples sueldos de los que dan si el pelado fuese otro, y que el darlos tan escasos no es para ellos economía, ni cosa que se le parezca, porque aun dándolos así resultan caros, según la manera de trabajar del indio. Como no tie-

ne la más mínima idea de dignidad en el trabajo, ni le importa un comino el subir ó el bajar, trabaja sólo cuando la necesidad le impele á ello, y siempre de mala gana. El patrón tiene que gastar en vigilarle casi la mitad de lo que le cuesta el obrero. Por otra parte, el indio no trabaja si no tiene hambre, y en cuanto logra ver en el bolsillo una cantidad que le asegure la subsistencia por una semana, no vuelve á trabajar en ocho días, aunque con la falta deje pendiente un trabajo de mucha importancia y fastidie al patrón y deje de ganar una gratificación que probablemente le esperaría, de haber terminado aquella obra. Y si en vez de darle jornal se le pone á destajo, resulta peor, porque es capaz el indio de apurarse á trabajar un día entero para cobrar una cantidad, irse con ella á la pulquería y no parecer luego por la fábrica en una ó dos semanas. He ahí por qué el patrón preferiría pagar mucho más á otros trabajadores que trabajasen de otro modo, y he ahí por qué muchos fabricantes, contratistas, etc., y sobre todo, los yanquis, que son la gente más práctica, traen operarios de su país, hasta para los oficios más humildes, y les dan sueldos muchísimo mayores que los que gana cualquier indio de éstos. Y para colmo de males, en esa misma sobriedad del pelado está su mayor defecto como miembro de una nación industrial y mercantil, porque nada desea y no consume nada. . . .

Menos en la cuestión de amores y en la de bebida, como ya he tenido el honor de decir á ustedes, el pelado es sobrio en todas las cosas. Sobrio en los alimentos hasta lo indecible, sobrio en los vestidos hasta lo inverosímil. . . . Usa la menor cantidad de traje posible. Y aun el que usa, lo usa con todos los agujeros que buenamente caben, para llevar todavía menos tela. . . .

A veces pienso yo si no debe ser envidiada esta costumbre, cualidad ó como quieran ustedes llamarla. . . . Porque un hombre que casi no necesita vestir, que casi no necesita comer, es una gran cosa. . . . ¿Que las cosas vienen mal dadas y no hay para la alimentación de todos los días porque no entró el dinero, ó si entró saliése convertido en pulque apenas fué entrado? Pues se acorta la ración y ya está. ¿Que no hay para comprar unos pantalones? Pues se va sin ellos, es decir, con un pedazo de tela puesto de manera que pueda parecer unos pantalones mirado desde lejos, y que de cerca deje ver la carne, con todas sus flaquezas, esas de que nos habla el catecismo. Con tal que nos enseñe el hombre toda su piel, ya está remediado el daño.

Dícese de muchas gentes que viven de milagro. . . . Pues eso, es lo exactamente aplicable á gran parte de la raza india. Vive de milagro. No come, no se resguarda de las inclemencias de la temperatura, no se viste, no se cuida de la conservación individual, no tiene apego á la vida, todos

conspiran contra ella, social, moral y físicamente, y sin embargo vive y se reproduce y sigue viviendo. . . . Si esto no es vivir de milagro, que venga Dios y lo vea. . . .

Es esta una sobriedad desesperante para cualquiera que se meta de golpe y porrazo á darles civilización y á moralizarles. Y es desesperante para el que se meta á fabricar ó vender artículos baratos, de esos que en otras partes son la base más importante de las transacciones. ¡Son los menos los que compran!

Así es que no sabe uno qué hacer con ellos. Porque, bueno que la sobriedad sea una de las virtudes cardinales, según el ya nombrado catecismo, pero cuando llega á ese límite, fastidia al prójimo. Esta gente ni aun por sus vicios favorece al comercio. ¡No tiene más que un vicio, el del pulque, y ese es bien barato!

Y VIVEN FELICES

Decididamente, el indio de la capital, el *pelado*, es el peor de todos los de la República, porque al ponerse en contacto directo, continuo y necesario con la civilización ha tomado de ella, tan solo los vicios y ninguna de las ventajas. Físicamente, al apropiarse en lo que sus elementos se lo per-

miten al refinamiento vicioso, de la clase superior con la que se roza todos los días, se ha empobrecido y degenerado de ostensible manera. Y perdió, además, con semejante contacto, la constitución atlética y robusta, la resistencia para la fatiga y el trabajo. En lo moral, el trato con la gente de superior cultura y el desprecio y el despotismo con que ésta le trata, le ha hecho pasar de desconfiado á maligno, trocando su sencillez primitiva en abandono, suciedad y holganza, su humildad y buena fe en hipócrita servilismo. Guarda todavía éste, cuando trata con sus superiores, pero es tan sólo porque se ve débil y desvalido á su lado, y en cuanto la casualidad le iguala á él en circunstancias, se aprovecha de la impunidad para traicionarle.

La mezcla de sangre, el producto de amores pasajeros de señoritos con indias, en vez de mejorar la raza la hace decaer más y más. Y como, por otra parte, el mismo indio se encarga de irse destruyendo con el abuso del pulque, que embrutece y embotata los sentidos, y con el de bebidas alcohólicas muy fuertes, que aniquilan el organismo y lo destrozan y matan el cerebro, y como, en otro orden de ideas, el indio éste, que no tiene apenas necesidades, fuera de las muy precisas para el sostenimiento de la existencia, no consume nada y resulta una verdadera rémora para el adelanto industrial y mercantil de una nación, como es una raza, además de abyecta, inerte, pue-

de decirse que está como la forma poética, fatalmente condenada á desaparecer. Hasta los gobiernos todos lo comprendieron así, y jamás alguno se ha ocupado en sacar, por medios más ó menos directos, al indio de la miserable condición en que se encuentra.

Y ellos, sin embargo, son felices. . . . El indio tiene la ventaja de no vivir nunca solo. Desde que ya no es un chiquillo, desde los quince años, á cuya edad lo natural es que conserve todavía los padres, si los ha conocido, ya se siente un hombre en toda la extensión de la palabra y busca una mujer, que encuentra siempre; esta gente parece que ha nacido exclusivamente para reproducirse, tal es el afán que pone en ello, y tales sus condiciones de resistencia.

Así, pues, en cuanto puede forma una familia. Como tiene para estas cosas una libertad parecida á la del perro, apenas sale á la calle ya puede decirse que encontró lo que buscaba. Y además, que la cosa le sale barata. Uno de nosotros, si quiere pensar en semejantes uniones, más ó menos legalizadas, lo primero que necesita es echar mano al bolsillo y hacer sus cuentas porque sabe que la realidad se impone y que el amor no alimenta, antes al contrario. Pero el peladito tiene ese problema inmediatamente resuelto, como todos los de su vida. La encuentra, se convence de que han nacido el uno para el otro, que es como debe ser el amor, según los novelistas,

la habla, se convienen, la convida á unas cuantas medidas de pulque, se la lleva á su habitación, añade un petate ó pedazo de estera de esos á su mobiliario para que en él duerma ella, como él duerme en el suyo y ya está. Ya se convirtió el pelado en jefe de familia. Y ahora que vengan hijos.

Cuando hemos hablado de mobiliario era una coquetería, un hipérbaton para adorno de la oración. . . . La vivienda es un cuartito estrecho; oscuro y mal oliente, sin más ventilación que la puerta, cuando está abierta, por la que tiene que salir el humo del hogar. Sirve de cocina, de comedor, de alcoba, de cuanto hay que servir. Allí se hace todo. Y con unos cuantos cachivaches de cocina, alguna silla que otra, una mesa si acaso, los petates correspondientes y en ocasiones un colchón, aunque eso es gastar casi lujo, ya está puesta la casa. No faltará por supuesto, en una de las paredes la imagen de alguna virgen ó de un santo, muy adornada con papeles de colores, florecitas y otras cosas, y su lamparilla de aceite ardiendo. Las paredes se decoran con estampas de las cajas de cerillas, grabados de los periódicos, láminas encontradas por ahí y todo género de pinturas por el estilo.

En esa habitación duermen todos, revueltos, el padre y la madre, los hijos, grandes y pequeños, hembras y varones, los suegros y cuñados si los hay, y hasta el amigo á quien se da hospitalidad aquella noche. Duermen en el suelo todos juntos, re-

vueltos, pegando codo con codo. A media noche, si el padre se despierta, no sabe cuál es su mujer ni cuál su hija, ni ella sabe si el hombre que tiene al lado es su marido, su padre, su hermano ó el amigo. Tampoco tiene mucho interés en averiguarlo, porque después de todo, en la obscuridad no se va uno á fijar en pequeñeces y lo mismo da una cosa que otra. . . Lo primero que viene á mano. . . ¿Para qué andar en requisitorias? Ya saben ustedes que la gente en ese punto no es muy escrupulosa. . .

Con esto y con lo dicho antes se explicarán ustedes que el indio ó la india, desde que se desarrollan, no guardan su pecho cerrado para el amor ni un mes. . . ¿Cuando no es afuera es en casa! Y así á lo mejor en la vivienda se aumenta la familia por donde menos podría esperarse. . .

Y así viven felices, con la felicidad de la ignorancia, con la felicidad del que no piensa ni quiere más que aquello que le lleva á querer: el instinto. . .

Porque para el indio pelado las afecciones son muy rudimentarias. . . Para el hijo tiene el cariño instintivo, el que todos los animales han recibido de la naturaleza, mientras los hijos no pueden valerse por sí solos. Para la mujer, y ésta para el hombre, apenas hay más que el instinto sexual, que los mantiene juntos una temporada. . .

Ahora, como en suma no sabemos si la civilización nos ha hecho más felices ó eran más los que no la tenían, yo no tercio en

la discusión, pero aseguro que los pelados son felices. . .

Y que la única desgracia de ellos ha sido la civilización, y que esa es la que tarde ó temprano acabará con la raza.

¡LA TIERRA TIEMBLA!

El día era de los mejores, un día de Otoño tibio y dulce, como son aquí los días otoñales. Lució el sol todo el día, desde que asomara por Oriente envuelto entre algunas nubecillas encarnadas que, como niños pequeños al volver á casa su padre, salieron amontonadas, en tropel, á recibirle, diéronle cariñosa bienvenida y se fueron disipando poco á poco á su calor crecientemente.

Nada anunciaba el fenómeno; por el contrario, prometía ser un día de los más tranquilos y hermosos.

Era fiesta y las calles se veían con la natural animación. Allá á la media tarde, sin que nada pareciese justificarlo, vino una bocanada de aire fuerte, rápida inesperada, que sorprendió á los vecinos, cerró con furia cuantas puertas y balcones halló confiadamente abiertas en su tránsito, echó á volar los sombreros haciéndolos dar giros

caprichosos por el espacio y levantó en seguida mangas de polvo por las calles. Como si de repente hubieran sentido atacadas de una imperiosa necesidad de movimiento, las basuras, los deshechos de todas clases emprendieron uno de rotación describiendo elipses y circunferencias, elevábanse después para trazar otras en el espacio y volvían al suelo algo más reposadas, como quien ha satisfecho un capricho de que repentinamente se viera acometido. Cesó aquella ráfaga. Las nubes compactas que cabalgando sobre la capa aérea habíanse esparcido por el cielo, con ella se marcharon y todo quedó lo mismo que antes y volvió á predominar el murmullo tranquilo é igual de la muchedumbre, de coches, tranvías, vendedores, gente de á pie que llenaba las aceras y vehículos que saltaban sobre el empedrado.

Al anoche, la afluencia y la animación habían crecido extraordinariamente. Aquel día, dos de Noviembre, cosagrábase á los difuntos. El servicio de los tranvías era mayor, por la afluencia de clientes, y unos pasaban rápidos, veloces, á fuerza de excitar las mulas con silbidos y latigazos, en busca de los visitantes de los cementerios que más se hubiesen rezagado, y otros volvían avanzando penosamente, pues los animales apenas podían ya al cabo de tan larga jornada, transportar aquella muchedumbre que se desbordaba por las plataformas y por las ventanillas, después de compri-

mirse extraordinariamente en el interior del coche, é invadía hasta los estribos haciendo equilibrios para sostenerse.

Coches de alquiler y coches particulares volvían en tropel de los cementerios, llenando toda la calle, toda la fila de calles, á lo lejos, de parejas de lucecitas blancas, movibles, que parecían los ojos de algún ejército de seres sobrenaturales que se acercaran á grandes zancadas, apariciones muy puestas en relación con el día triste, con la fecha y con la conmemoración que se hacía de las almas de los muertos. Otros coches y otros tranvías pasaban por allí con distinto destino y de diferente procedencia. Volvían de paseo con los incrédulos ó los felices que no tenían difunto á quien agasajar, llevaban la gente á sus negocios ó á sus casas. De muchos vehículos al pasar salían murmullos como oleadas, gritos, interjecciones, saludos ruidosos. La gente volvía alegre de los cementerios. La visita á las sepulturas había servido á unos para comer y beber fuerte y divertirse, á otros para pasar una tarde divertida haciendo chistes á costa de los epitafios, á otros para criticar, á otros para hacer el amor ó dejar que se lo hicieran, según el sexo, á otros para triunfar luciendo algún detalle de indumentaria, á los indiferentes para descansar de la monotonía diaria con un espectáculo que sólo se puede ver anualmente. Los que no visitaron los cementerios volvían de divertirse en otros sitios y también

volvían alegres, sobre todo los dependientes de comercio, que hablaban alto, manoteaban recio y lucían todo el vocabulario escandaloso de las lenguas francesa y española y se insultaban en broma mutuamente.

Pero la muchedumbre de las aceras, que caminaba desigualmente, muy deprisa unos, lentos otros, parándose de vez en cuando, metía más ruido y un ruido más igual y más armónico que todos los coches juntos. Parejas de indios, borracho él y procurando ella llevarle del brazo y convencerle de que debía ir, ya con súplicas, ya con riñas é insultos; otras de enamorados del momento, á quienes el pulque había excitado ese amor y luchaban según iban andando en plena calle; pollitos que mariposeaban al rededor de alguna beldad de poco precio; novios cursis detrás de la novia y de los futuros suegros; grupos de trabajadores de todas clases próximos al primer grado de embriaguez, familias pobres con cuatro ó cinco chicos, cansadas, tristes, que se dirigían mesuradamente á su casa; granujillas, muchachos de la calle, vendedores de periódicos gritando furiosamente la mercancía, revendedores de teatro que salían hasta las calles próximas á éste para ofrecer una contraseña . . . y *pelados* por todas partás, unos en movimiento, otros parados en las esquinas. Confusión de voces y de ruidos, y toda la gente mostrando esa alegría del que se ha divertido durante una tarde,

alegría ya forzada, que pide descanso, fatiga del que dedicó un día entero á hacer lo que no hace los demás y ya desea volver á sus hábitos de costumbre.

Los focos eléctricos daban á toda esta columna manchones de luz viva y azulada en unos lados y manchones de sombra profunda y de penumbra caprichosa en otros, haciendo mil combinaciones fantásticas cuando oscilaban empujados por el aire.

En lo más álgido de aquel bullicio, de aquel incesante movimiento en direcciones contrarias de personas y animales, cuando es más sordo el rumor, más continuos los toques de corneta de los tranvías, más estridentes los sonidos de los vendedores, cuando la calle reñosa torrentes de vida por todos lados, algún transeúnte siente que se le va la cabeza. Atribúyete á cualquier desvanecimiento sin importancia y cierra breves instantes los ojos, vuévelos abrir y sigue ya aumentando el mareo. ¿Será la bebida? Se apoya para no caerse contra un zaguán y tiende la mirada á su alrededor.

Suponed que en aquél momento de más animación una corriente inmensa de electricidad hubiese inundado toda la calle, paralizando instantáneamente todo movimiento orgánico, dejando cada ser en la misma postura en que estaba; suponed que coches, animales, todo, no eran más que figuras de un gigantesco mecanismo á impulso del cual se movieron y que la cuerda se hubiese acabado en el momento preciso ha-

ciendo cesar el movimiento. . . . Así estaba la calle.

En el mismo punto donde cada cual empezó á sentir la oscilación subterránea, allí se quedó parado, inmóvil. Los animales de coches y tranvías pararon instantáneamente al sentirse la primera trepidación, y con las patas abiertas todo lo posible y la cabeza baja, esperaban temerosos el resultado, al tiempo que procuraban guardar el equilibrio. Los cocheros no trataban de hacerles ningún caso, atentos solo á no caerse, sueltas las riendas y agarrados á donde podían. Quitábanse el sombrero, se arrodillaban algunos en la plataforma ó en el pescante y empezaban á rezar á media voz. De los tranvías y coches salían, por los huecos ojos asustados y cabezas pálidas, interrogando ansiosamente lo que sucedía fuera. Otros bajaban la cabeza sobre el pecho y, rezando ó meditando, se resignaban con lo que venir pudiera. Los que permanecían de pie procuraban agarrarse con fuerza.

La gente de á pie no se había movido. Muchos han dado reglas para salvarse en cuanto sea posible de los efectos del temblor, aconsejando que cada cual, en cuanto el hecho empieza, se ponga bajo el quicio de una puerta ó se vaya á campo raso, esto es, á donde no le puedan alcanzar los objetos que se caigan en un hundimiento. Pues todo el mundo, y más aquí donde los temblores son frecuentes, sabe estas reglas,

pero son muy pocos los que las obedecen. El pánico impide el movimiento.

La gente no se movió de su sitio. Allí donde la sorpresa y el miedo había invadido á cada cual, allí se quedó, quién parado junto á la fachada, quiénes en grupo, hablando unos con otros, quién en medio del arroyo, cuando trataba de atravesar la calle. . . . En el mismo punto se habían arrodillado casi todas las mujeres, indias de rebozo, como jóvenes de chal, como algunas señoras de sombrero. Casi todas rezaban, unas de un modo inteligible, otras mentalmente. A algunas el pavor les impedía el uso de los labios y hasta del raciocinio, y después de arrodillarse inconscientemente quedaban como clavadas en el suelo. De los hombres, habíalos de todas clases. Los del pueblo, casi todos arrodillados, también oraban, otros permanecían de pie sin sombrero, como queriendo respetar las creencias ajenas, otros más despreocupados, sacaban el reloj para saber el tiempo que duraba el temblor, y había quien pretendiendo echárselas de valiente, sonreía mirando á los demás. Pronto se le convertía la sonrisa en mueca.

Todos estaban pálidos, fuese por el terror ó fuese por el mareo. Nadie cuidaba de los demás. El instinto de conservación se imponía sobre todo otro sentimiento. Hasta las madres, en los primeros segundos, se olvidaban de sus hijos.

En medio de la calle, con un coche al

lado, un tranvía al otro y un ciclista que el temblor hizo caer á tierra y aún no salía del susto, una vieja se persignaba con una rapidez increíble muchas veces y agitaba los labios como si estuviese presa de un ataque. Cada vez que una oscilación más grande que las otras se hacía notar se daba fuertes golpes en el pecho y, mirando hacia arriba, gritaba:

—¡Ay, Señor!

Después de lo cual inclinaba el cuerpo hacia el suelo.

Todo aquel bullicio cesó ya al principiar las trepidaciones. Ahora era un rumor suave, apagado, el de los rezos. . . . No se oía otra cosa más en toda la calle.

El instinto de conservación obraba. Uno de los borrachos al sentir la oscilación, recobró instantáneamente el conocimiento, abandonó la discusión con su compañera, que se puso á rezar, y agarrándose á una puerta se quedó callado y pálido como un difunto. Otro, que sin duda había bebido más y estaba dando traspiés, se sorprendió al ver que no sólo él vacilaba, miró la concurrencia, después al cielo, luego al empedrado, con extrañeza, como si pensara para sí:

—¿Estará borracho todo el mundo?

Y se quedó pegado nerviosamente á la pared, con aquel gesto de asombro. Algunos dependientes de abarrotes, gordos, mofludos, colorados, salieron á la puerta de

la tienda con una expresión de miedo y curiosidad infantil en el semblante.

Desde los primeros momentos se habían apagado los focos de la luz eléctrica. Solo quedaba allá arriba la bóveda azul oscura, llena de estrellas que, como puntas de alfileres luminosos, habían atravesado la cortina oscura.... Sobre ese fondo se destacaban las masas negruzcas de los edificios, balanceándose con un movimiento tranquilo y solemne, como los grandes vapores de carga anclados en el puerto. A veces parecía imposible que edificios tan pesados, tan voluminosos, tan macizos, pudieran obedecer á una fuerza que los trataba como el viento de la tarde á las ramas pequeñas de los árboles, y esta consideración aumentaba el miedo. Otras veces creíase que no podrían resistir una desviación tan pronunciada de la vertical y no obstante volvían á su posición y luego se inclinaban más al otro lado. Sobre todo dos torres de una gran iglesia cercana, parecían animadas de un espíritu insólito de locura. Tan pronto se iban á un lado como á otro, en ángulos horribles, que no se pudieran concebir. Se destacaba con mayor claridad el fenómeno mirando hacia el cielo. Al ir y al venir, las torres cubrían con su masa un inmenso número de estrellas. Parecía que se las iban tragando. Y la bóveda indiferente, tranquila, con los millones de puntitas luminosas, parpadeando como si jugasen con la luz al escondite

* * *

Cesó el temblor. Al principio, la gente no se atrevía á creerlo. Estaban todos mareados aún, igual que el que pisa tierra firme después de una larga travesía en el mar.

Las conversaciones, los ruidos, las voces, el barullo, el movimiento se restablecieron en seguida con mucha rapidez, con excitación febril. Todo el mundo sentía ansias de moverse, de hablar, de darse por convencido de que había vuelto á la vida nuevamente. Y apenas sucedió esto, invadió la calle una gran alegría, la alegría de vivir, y empezaron á cambiarse las impresiones, á burlarse los valentones de los cobardes, á reirse todo el mundo, á contar cada cual lo que hacía en el momento de iniciarse la catástrofe, y lo que hizo después

Al poco tiempo, vueltos á la realidad, empezaban á preocuparse de los parientes, de la casa, de sus propiedades, y se formaban grupos para comentar el acontecimiento y se discutía su duración.

Al cuarto de hora, personas, animales y cosas habían recobrado el aspecto primitivo y seguía corriendo la afluencia por la calle.

EL EJERCITO

Principio, señores, por confesar, confesión que tiene mucho de advertencia, que no entiendo una palabra de milicia, ni sé apreciar lo que vale un ejército, que no distingo en cuestiones de táctica, de armamento, etc., y, finalmente, que nunca en mi vida me he ocupado de esas cosas. Así pues, lo que ustedes van á leer, si son tan valientes ó están tan desocupados ó aburridos, no serán, como todo lo que antecede y sigue en esta obra, más que impresiones mías, muy mías, sin pretensión de autoridad ninguna, sin sujetarse á reglas *ad hoc* ni opiniones científicas, que en asuntos como este no me reconozco ni aun el derecho de opinar.

Para el que lleva algunos años en este país, con toda evidencia es el ejército una de las cosas que más le llaman la atención por su progreso, tan grande como rápido. Porque es verdad que aquí el progreso de todas las cosas y en todos los órdenes ha venido á marchas forzadas, que en cincuenta años solamente ha adquirido la nación el aspecto y la cultura de muchas europeas, que las iguala en varias cosas y las sigue en otras muy de cerca, pero en nada ha sido el progreso tan notable ni tan rápido como en el ejército. No ya de cincuenta años, sino de cinco á esta parte, se